

**REALIDADES Y FUNCIONALIDADES DE LA NARRATIVA MÍTICO
SIMBÓLICA “LA TURUMAMA” COMO LA REPRESENTACIÓN DE UNO DE
LOS TIPOS PSICOLÓGICO FEMENINOS JUNGIANOS, UN EJERCICIO DE
APROXIMACIÓN A LA POSIBILIDAD DE CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD A
PARTIR DE LOS DISCURSOS SIMBÓLICOS LATINOAMERICANOS**

NATHALY HERNÁNDEZ BOTINA

UNIVERSIDAD DE NARIÑO

SAN JUAN DE PASTO

2015

Realidades y funcionalidades de La Narrativa mítico simbólica “La turumama” como la representación de uno de los tipos psicológico femeninos Jungianos, un ejercicio de aproximación a la posibilidad de construcción de identidad a partir de los discursos simbólicos Latinoamericanos

La intención de reconocer la representación arquetípica que subyace en la narrativa mítico simbólica como espacio de representación de la construcción psíquica del individuo, surge con la intención de evidenciar que, como lo menciona Gretz en Parat, (2009), la cultura se constituye como un entramado discursivo y representacional que los individuos se cuentan sobre sí mismos y que en consecuencia permiten reconocer, citando a la Vélez (1999), la posibilidad humana de “comprendernos como partes integradas del Unus Mundus” (p.322). Para ello y a la luz de la teoría Jungiana, se buscó realizar un análisis de contenido de una narrativa mítico simbólica nariñense denominada “La Turumama” (en sus versiones más conocidas) a fin de reconocer en sus representaciones, patrones estructurales comunes que además resulten símiles a las posibles formas de configuración de la psique.

Según Jung, el espacio donde se configuran tanto la psique como las representaciones mítico simbólicas tiene su origen en lo materno que como vivencia prematura impregna el devenir de la vida del ser humano, asegurando la supervivencia. Lo materno por tanto resulta ser el espacio donde las necesidades arquetípicas primigenias - que dominan al individuo en la vida intra uterina y extra uterina en sus primeros años -, buscan satisfacción y donde se configura la consciencia de la imposibilidad humana de la plenitud uruborica.

El individuo entonces, en búsqueda de caminos de reparación y haciendo uso de la posibilidad humana de generar representaciones simbólicas, genera arquetípicamente, figuras tutelares o de la Gran Madre donde se satisfacen las idealizaciones pre configuradas que permiten la realización simbólica del ser humano. Dichas figuras, representan los anhelos y miedos humanos y en consecuencia, parafraseando a Bajtín, operan como un “Gran otro” que no solo satisface las necesidades del individuo, sino que también representa las carencias específicas del “yo”, pues solo ese “otro” logra mirar lo que al mismo “yo”, por su situación, le es imposible reconocer.

Según lo anterior, la narración mítico simbólica “la Turumama”, se constituye, retomado a Bolen (2012), en un camino que propende por el reconocimiento de aquellas tendencias psíquicas colectivas que permanecen en la sombra y que deben ser reconocidas para poder generar un proceso de individuación. Así, el hecho de que dicha narrativa evolucione de mito –La quichic mama-, a leyenda -“la Turumama”, “la Vieja”, “la Llorona”, “la tetona” e incluso se hibride popularmente en “La viuda”-; no hace más que evidenciar la actualización constante de un arquetipo que pugna por ser satisfecho.

Para Von-Franz (en Palacios, 2013), una característica fundamental de las narrativas simbólicas de lo inconsciente es su estructura de inicio donde se alude a un tiempo primordial y a espacios atemporales e inhóspitos que -tomando como base el análisis del sueño de soberado que hace Jung -, simbolizan que lo que allí concurre es propio del sustrato más profundo de la psique, lo inconsciente colectivo. Así, las narrativas recolectadas mencionan respecto al inicio de la narrativa: (a) “(...) al comienzo el Cuichig vivía solo, cuando decidió venir a la tierra varias veces, en una de las ocasiones conoció

una longa bonita y se enamoró. El cuichig disque se apareció como “natural” bien vestido (...)” (Cordero, 1989, p. 83), (b) “- La turumama-, esos son espíritus antiguos de cuando dijo Dios (...)”.

Las narrativas entonces, refieren simbólicamente, retomando a Jung (nombrado en Bejarano, 2007), “elementos del devenir de lo humano” (p. 3), y representan por ende, parafraseando a Vélez (1999), el proceso doloroso de separación y diferenciación que el hombre debe vivir de su pensamiento y vivencia colectiva y originaria, y que tiene comienzo con la emergencia del complejo materno De aquí que una característica general de las narrativas -la cual además genera lo que Von-Franz llama Peripateia y que refleja junto con las características anteriores a estos movimientos una cartografía de las características psíquicas de los individuos- , sea la existencia de una fuerza tutelar, mágica y numinosa que arroja sin querer al individuo a una configuración psíquica específica, casi de la misma forma como Según Beauvoir, lo femenino maternante arroja al sujeto a la vida y a la muerte.

Respecto a los lugares referidos como espacios de ocurrencia de la narrativa mítico simbólica, resulta interesante reconocer que estos son, según las diferentes versiones: (a) las montañas, (b) las chozas alejadas, (c) los Yungas , que según lo refieren los entrevistados son los lugares lejanos donde se labora, (d) Cerca del río, (e) cerca a los montes y (f), y según Granda (2007), en un peñasco, de la siguiente manera:” Un día, la niña se sentó a descansar en un peñasco y cuando allí descansaba y divisaba el bello paisaje, se le presentó el arco iris que le hizo el amor y la preñó. Quedo embarazada de aquel endriago sobrenatural (...). (p.23)”.

Dichos elementos, según Jung (1970), son algunos de los cuales simbolizan las características que se le adjudica a lo materno puesto que, los lugares y tiempos de ocurrencia de los hechos, traen a la memoria:

(...) la autoridad mágica de lo femenino, la sabiduría y la altura espiritual, que está más allá del entendimiento; lo bondadoso, protector, sustentador, dispensador de crecimiento, fertilidad y alimento; los sitios de transformación mágica, del renacimiento; el impulso o instinto beneficioso; lo secreto, lo oculto, lo sombrío (...), que devora, seduce y envenena; lo que produce miedo y no permite evasión (p.75).

La narrativa “la Cuichig Mama”, donde la protagonista es enamorada por el arcoíris para después convertirse en parte de él, es decir, en la Mama Cuichig (en palabras de Muñoz, 1989), resulta ser quizá la narrativa que contiene todos aquellos aspectos simbólicos citados previamente y que evidencia además, de forma directa, la simbolización del arquetipo materno que hace la representación mítico simbólica “la Turumama”. Así, el que la Mama Cuichig, sea simbolizada visualmente como un semicírculo que proyecta su mitad hacia el cielo, producto de la convergencia de condiciones de nivel terrestre y nivel aéreo, representa que los acontecimientos allí simbolizados, ocurren (como el arcoíris mismo), producto de un evento que si bien se realiza afuera (de lo uterino-la tierra), emerge sobre el suelo nutrido de lo uterino y la añoranza incestuosa por el uroborous (el arco iris nace en la tierra y se dirige a la tierra, viene del uroborous y se dirige hacia el uroborous).

En la figura 2, se muestra una comparación de la representación gráfica del arco iris, trabajado por Muñoz (1989), y la gráfica que sintetiza las etapas de la vida que, según Jung,

todo ser humano debe vivir. En ellas se evidencia que su estructura se representa de forma similar y que por ende y teniendo en cuenta algunos aspectos simbólicos concernientes a la narración mitológica “la Turumama”, ésta representa una vivencia humana producto de una fuerza arquetípica vital (arquetípico materno), que en principio aparece en el individuo para permitirle despegarse de ella y que después propende por el retorno a lo primigenio

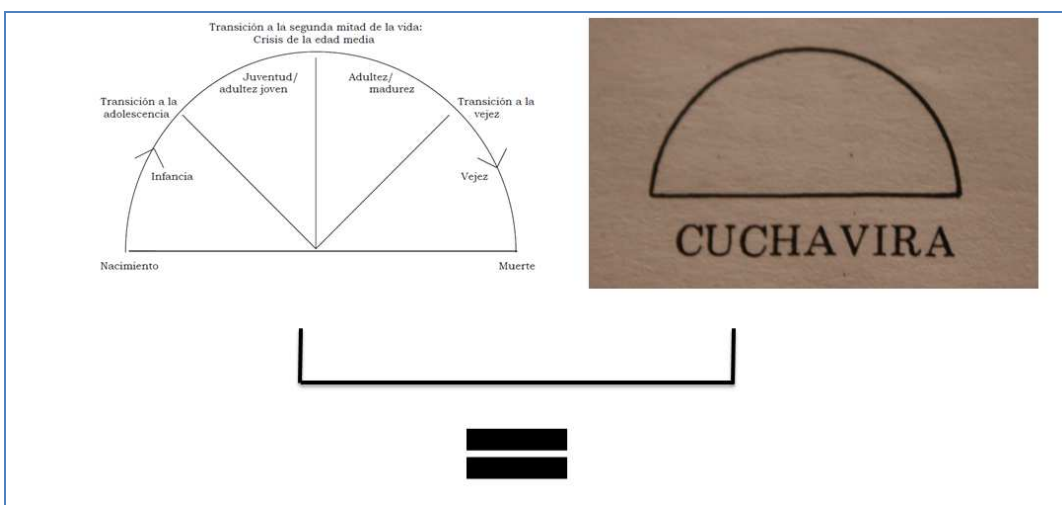


Figura 2. Comparación entre la figura implícita del ciclo vital de acuerdo a la teoría junguiana, adaptada por Stevens (en Sassenfeld, 2010, p. 27) y la representación visual del Arco iris en Muñoz (1989), p. 86.

Fuente. Esta investigación.

La figura 2 permite reforzar entonces, la idea de que la narración mítica simbólica “la Turumama”, está representando una realidad producto del arquetipo materno. Así, resulta interesante ver como Muñoz (1989), utiliza la palabra “cuchavira” para nombrar la representación simbólica del arcoíris, palabra que para los muiscas representa al creador supremo, quien curiosamente es una mujer.

Ahora bien, respecto a las configuraciones psíquicas que se constelan en la representación mítico simbólica, es preciso mencionar que según Jung (1970), son aconteceres arquetípicos tipificables y se constituyen según Bejarano (2007), en, “formas básicas, comunes a todos los pueblos y épocas” (p. 101). Así, lo que en la narrativa se presenta son tipos psicológicos que para encontrarse, y teniendo en cuenta el análisis de contenido como metodología aplicada para el análisis de la información, solicitan un reconocimiento de la esencia de la narrativa que permita reconocer si posee o no igual estructura a alguno de los tipos psicológicos junguianos , para lo anterior se procedió a identificar los movimientos narrativos generales y comunes. Así:

1. Primer movimiento: un personaje inocente o en estado de indefensión (niña, borracho, persona sola), abordada (abordado) por una figura que genera fascinación.
2. Segundo movimiento: La persona inocente o en estado de indefensión, pierde la posibilidad de actuar frente a la figura que en principio se valoró de forma positiva
3. Tercer movimiento: La figura positiva se convierte en una figura disruptiva.
4. Cuarto movimiento: la persona se enferma o se asusta.
5. Quinto movimiento: la persona busca recuperar su bienestar.

Respecto al primer movimiento, las narrativas permiten reconocer, teniendo en cuenta las características de los protagonistas, que el suceso ocurre esencialmente a figuras que por su situación psíquica se encuentran en un estado de indefensión y que dependen del equilibrio que el otro, y más específicamente que otra instancia psíquica les pueda brindar.

Así, todos los personajes manifiestan cierto grado de inmersión en lo inconsciente, dado que al personaje al que por excelencia le ocurre el hecho es: (a) el borracho -que por su estado está inmerso en lo inconsciente-, (b) el niño -que apenas empieza su proceso de individuación del inconsciente colectivo-, (c) al ángel -quien posee la característica bien conocida de la indiferenciación propia del estado uroborico-, (d) al sujeto -que en estado de soledad y vulnerabilidad absoluta le es posible experimentar la constelación arquetípica que da forma a sus miedos-. Resultando muy simbólico el hecho de que todas las narraciones, refieran como figura primordial a lo femenino, puesto que según Neumann citado por Gómez y Hewit (2012), “todos los contenidos del inconsciente se expresan como femeninos” y dan forma a la parte femenina de la psique, el anima, tendencia arquetípica producto del complejo materno que dirige la vida de la mujer y que modula el tipo de relaciones que el hombre emprende.

Por otro lado y respecto al mismo movimiento, según Von Franz en Palacios (2013), el reconocer los personajes de la historia y los sucesos que le ocurren, así como la manera como se relacionan y evolucionan e involucionan en la historia, es un elemento importante que permite reconocer la realidad psíquica a la que alude. De esta manera, teniendo en cuenta lo ya mencionado sobre el personaje principal sobre el que recaen los hechos, es posible mencionar que la narrativa - en algunas de sus versiones-, habla sobre los acontecimientos de un anima con unas características específicas: alto potencial creativo que se manifiesta en acciones de individualidad, independencia y creatividad,; sin embargo dichas características, según lo encontrado, aparecen como estructura ausente en las anécdotas donde se habla directamente del movimiento dos (un anima contaminada que se contamina

con la llegada de un personaje masculino), el cual que resulta ser producto de que, como lo menciona Pinkola (1993), respecto a la narrativa “la Llorona”, este tipo de narraciones tienen un eje principal, “la destrucción de lo femenino fértil” (p. 246).

El ánima representada en la narración mitológica aparece entonces manifiesta en su posibilidad creativa , para después (y como primer movimiento en las anécdotas), aparecer carente de la vitalidad primigenia que le caracterizó en principio y que emerge como resultado de la relación emprendida por el ánima con un elemento ajeno a ella, que sin embargo, es exaltado y objetivo de gran cantidad de energía psíquica del anima .

Teniendo en cuenta lo planteado hasta el momento, es posible plantear que la narrativa hace alusión a un complejo materno arquetípico donde el ánima se relaciona con un elemento ajeno a sí misma, (el animus, lo masculino), al que sobrevalora a tal punto que le permite dañar su propio instinto primordial, llevando a la realidad el miedo arquetípico a perder, citando a Jung (1970), “la conexión con el estado previo, instintivo y arquetípico” (p.64). De aquí que, sea preciso mencionar que el complejo materno que se simboliza en la narración mítico simbólica y la tipología que de él se deriva, hace alusión a la sombra de una posibilidad típica.

La exaltación del eros en su estado sombrío como tipología reconocida por Jung (1970), resulta ser una descripción psíquica que se ajusta a lo encontrado en la narrativa. Dicha tipología se caracteriza por aparecer como producto de una incongruencia entre la madre real y el ánima, que edifica a una mujer con una pérdida de fuerza vital del instinto maternal producto de una exaltación del Eros (animus), que genera en la mujer, y por ende en la representación mítico simbólica en que se proyecta su posibilidad típica, “una anormal

acentuación de la personalidad de los otros”(p. 82), generando, relaciones exaltadas y sensacionales que poseen como fin univoco la superación del complejo materno mediante la exaltación del animus y su dependencia.

En este orden de ideas, el primer movimiento: un personaje inocente o en estado de indefensión , que es abordado por una figura que genera fascinación, podría estar representando la tipología que Jung (1970) denominó la exaltación del eros, puesto que describe a una mujer que dirige toda su energía psíquica al animus como elemento que si bien en principio le dota de la posibilidad de vivenciar su potencial creativo, poco a poco le transforma y le contamina.

En congruencia con lo anterior, la fascinación hacia el aspecto masculino o la inocencia del anima frente a esta instancia psíquica, no hacen más que simbolizar aspectos característicos de dicha tipología, los cuales son entre algunos otros, según Jung (1970), una exaltación del eros que casi siempre conduce a una relación incestuosa con el padre y una inconsciencia del anima que permite que el animus del sujeto con el que se relaciona, proyecte las sombras de la propia madre en una anima que, citando a Jung(1970), “siempre se entrometerá instintivamente allí donde la provoque la inconciencia de su conyugue” (p. 88).

Las características del animus que surgen como consecuencia de las características que se dan lugar en el ánimo, permiten llegar al segundo movimiento como elemento que descubre lo que Von Franz (en Palacios, 2013) denomina la peripateia y que simboliza el conflicto o tarea arquetípica que la representación típica debe sobrellevar para la realización del proceso de individuación. Así, un anima debilitada por la exaltación del Eros, genera

relaciones con un animus que proyecta, aprovechando la inconciencia del anima (simbolizada en la inocencia de los personajes), la sombras de lo materno que le ha constituido en un Eros pasivo; de allí que, en las versiones de la narración mítico simbólica “la Turumama” documentadas por Muñoz (1989) y Granda (2007), se presente al cueche (animus) como un personaje solitario que solo se puede relacionar con un desprotegido sobre el que tiene la capacidad de ejercer poder: (a) “(...) al comienzo el Cuichig vivía solo, cuando decidió venir a la tierra varias veces, en una de las ocasiones conoció una longa bonita y se enamoró (...)”,(b) “Un día, la niña se sentó a descansar en un peñasco y cuando allí descansaba y divisaba el bello paisaje, se le presentó el arco iris que le hizo el amor y la preñó (...)”.

El segundo movimiento entonces, permite reconocer la inconsciencia del significado de las acciones conscientes que caracterizan a esta tipología. Así, el animus dará lugar al movimiento tres, es decir a la peripateia, solo si la mencionada característica se hace manifiesta, por lo anterior fragmentos como los de la versión mitológica de la narrativa mítico simbólica documentada por Muñoz (1989) refieren como lugar de ocurrencia de los hechos al agua: “(...) cada vez que la longa iba al agua, el natural le acompañaba.” . Elemento que según Pinkola (1993), representa en la simbología, “el lugar en el que se cree que tuvo origen la vida (...)” (p.246).

El ánima de la tipología representada en la narrativa como producto de lo ya mencionado, configura su propia tarea arquetípica cuando se sumerge en lo inconsciente y retorna a la representación arquetípica de la madre primigenia como eje direccionante de su vida, la cual, según Jung (1970), se convierte en paralizante dado que le obliga a recordar

su procedencia, “una madre meramente natural, puramente instintiva y que en consecuencia todo lo absorbe”(p 88). De allí que, en algunas de las versiones, especialmente en las anécdotas, desde el principio de la narrativa, el ánima ya aparezca contaminada, succionada por un inconsciente que le hace presa de una fuerza numinosa de la cual le es difícil desprenderse, y que ,en algunas narrativas , se representa mediante la escenificación de un personaje inmerso en el agua como elemento que permite la emergencia de la peripateia, o incluso, a la deriva de una figura tutelar (Dios), quien posee total potestad y quien de un modo indirecto, genera el problema que debe sobrellevar la representación arquetípica.

Ahora bien, ¿Por qué el animus que en principio solo permite la reparación del complejo materno se torna contaminante?, (tercer movimiento). Según Jung (1970), como la inconsciencia del anima propicia la proyección de la sombra de la madre en el ánima por parte del animus, ésta, se encuentra a la deriva del animus haciendo las veces de espacio donde sus proyecciones arquetípicas se satisfacen (específicamente las que tienen que ver con la madre). Así, el animus al igual que el ánima generan una relación incestuosa (entendiendo incestuoso como el retorno simbólico al estado uroborico que la consciencia califica como peligroso), que citando a Jung (1970), “suscita de ese modo un conflicto moral” (p. 82), y que obliga al animus a generar un movimiento que propende por la finalización de mencionada relación. Con respecto a esto, las versiones sobre “la Turumama” mencionan: (a) “(...) un día ya no disque vino más el galán, entonces la longa sufría hasta que se murió de la pena”, (b)” (...) él decía que lo único que era hacer era no seguirle, no seguir cuando ella se asomaba santiguarse y seguir y si el traía el aguardiente, derramarlo para que ella no lo siga (...).”,(c) “(...) uno para que ella se vaya, lo deje a uno

dormir en las chozas, porque eso es por abajo como por abajo, así todo eso, los montes mejor dicho, entonces uno la insulta y ella se va”.

La posibilidad disruptiva del animus es producto entonces del retiro que hace esta instancia psíquica y que deja al ánima sin el espacio donde todas sus fuerzas psíquicas se dirigen. Así, deja a un anima incompleta, enferma o asustada (cuarto movimiento), que no tienen más que un complejo materno en el que la madre la devora, de aquí que, en algunas narrativas como las documentadas por Muñoz (1989) y Granda (2007), se plantee que: (a)“la longa sufría hasta que se murió de la pena... la encontraron muerta en la orilla de la vertiente del agua(...)” (p. 84), (b) “En el parto pujaba con gritos desgarradores pues manifestaba intensos dolores. Cuando la joven sacó al niño de su vientre, se desmayó, con la desgracia de que el niño se aflojó de sus manos y cayó en la corriente del río, que se lo llevó en su caudal (...)” (p. 24).

Respecto a las versiones citadas, resulta importante anotar que la última versión puede ser un espacio que reafirma lo ya mencionado puesto que los hijos, según Bolen (2012), representan en el plano simbólico, la capacidad productiva y creativa, y así la pérdida de éstos, representa la acción de dudar de las capacidades y del potencial creativo, situaciones propias de un anima contaminada.

Dicho problema arquetípico que se representa en la narrativa mítico simbólica puede ser visto como propio de la tipología exaltación del Eros, donde el animus, tocado por la potencialidad perturbadora del anima, se retira para dejarla abandonada con su complejo materno. Sin embargo, el retiro del animus, como se puede evidenciar en las versiones recolectadas no da fin a la narración, por lo que es posible afirmar que si bien este suceso

arquetípico es altamente disruptivo, no paraliza totalmente al anima ya que ésta, aunque muy débilmente, sigue conservando el instinto materno del cual nunca se alejó, puesto que a diferencia de la tipología que genera la defensa contra la madre, ésta nunca fue su intención y su distanciamiento es resultado de la intensa procuración por el animus.

En coherencia con lo anterior, las versiones recolectadas, si bien presentan como características del quinto movimiento a una representación altamente afectada por el retiro del animus y por la contaminación recibida por éste, siguen reconociendo la búsqueda que el ánima emprende por el regreso de su equilibrio psíquico. Esto se puede evidenciar por ejemplo, en la narrativa documentado por Granda (2007) donde se menciona:

“Cuando la turumama buscaba al niño por todas partes con sus lloros quejumbrosos, su cuerpo enflaqueció enormemente; sus manos se tornaron muy flacas y huesudas; sus cabellos una completa maraña, y sobre todo, sus senos se alargaron extremadamente, tanto que para poder caminar tiene que tirar de ellos hacia adelante, y enrollarlos sobre sus hombros; pero estos siempre se le vuelven a caer. Su cara siempre aparece enlodada y revuelta con ceniza” (p. 25).

Según lo anterior, La tipología representada en la narrativa mítico simbólica, al igual que la tipología exaltación del eros en el plano psíquico de la mujer, si bien encuentra un desequilibrio cuando se relaciona con un eros contaminado al que exalta, tienen, según Jung (1970), una posibilidad evolutiva importante que como producto del desequilibrio le obligue a movilizarse , en el mejor de los casos, a una búsqueda íntima y a un reconocimiento de su sombra, y en el peor de los casos, a una búsqueda de otro animus que

dada la recurrencia del estado de inconsciencia de la mujer, será un eros contaminado con el mismo potencial desequilibrante que el pasado.

En las narrativas dicha posibilidad de reparación abierta se evidencia precisamente en los finales abiertos que caracterizan las versiones, en los que si bien la mujer aparece deformada, permanece activa y buscándose en su inconsciente, simbolizado en ríos, montañas y lugares inhóspitos que como se había mencionado en principio simbolizan el estrato inconsciente de la psique humana. Así, las narrativas refieren:

“la Turumama” (...) salía mucho por los ríos y que la sentían llorar muy, muy, muy largo rato, se iba llorando río abajo río arriba y nombrando no se sabe a quién, ella nombraba a un niño (...) se aparecía en los caminos donde fuera montañoso, donde nadie la mirara y en los ríos .

En la narrativa mítica de “la Turumama”, es decir “la Cuichic Mama”, se encuentra por su parte, simbolizada en la muerte de la protagonista, la búsqueda inconsciente en la que la mujer debe sumergirse, quien después de morir, es decir de entrar en contacto con lo inconsciente, retoma su potencial creativo al lado de un animus que producto de la perturbación causada por el ánima, retorna equilibrado como potencializador de la creatividad de la fémina. De aquí que en estas narrativas, el regreso del animus y su unión con el anima significa el nacimiento de algo nuevo: el arco iris. Así, la narrativa representa de forma simbólica, una posibilidad propia de la tipología exaltación del Eros que, parafraseando Jung (1970), se caracteriza por ser potencialmente promovedora de energía y que si bien se denomina como perturbadora, “solo en los casos patológicos son exclusivamente destructivas” (p. 88), puesto que en la mayoría de los casos, la perturbación

afecta a la misma anima y la obliga a generar un auto proceso de transformación y liberación.

En relación con lo anterior, la narrativa documentada por Muñoz (1989) expresa:

(...) cuando los dolientes se estaban yendo a enterrar a la difunta, se asomó de golpe el “natural” bien vestido. Todos se asustaron y soltaron el ataúd y con el golpe se abrió la tapa del cajón y salieron rodando los ovillos de lana de colores que le había regalado el “natural” a la longa, se mezclaron y de ahí se apareció la longa, pero viva. Dizque se juntó con el natural que ha sido siempre el Cuichig, y se hizo el arco como es ahora yéndose por encima del cielo (p. 84).

Como recurrencia de lo ya mencionado, otras de las narrativas recolectadas expresan que a pesar de la deformación que sufre “la Turumama”, ésta sigue almacenando un potencial creativo, simbolizado en su caracterización física de senos protuberantes, los cuales representan la posibilidad creativa y nutricia de la mujer. Así las narrativas mencionan:

“(...) cuando la turumama buscaba al niño por todas partes con sus lloros quejumbrosos, su cuerpo enflaqueció enormemente; sus manos se tornaron muy flacas y huesudas; sus cabellos una completa maraña, y sobre todo, sus senos se alargaron extremadamente, tanto que para poder caminar tiene que tirar de ellos hacia adelante, y enrollarlos sobre sus hombros; pero estos siempre se le vuelven a caer. Su cara siempre aparece enlodada y revuelta con ceniza (Granda, 2007)

Vea uno madruga, se va por ahí a las dos de la tarde, la noche, la encuentra a lado de los pantiones, del pantion, del cementerio, bueno y uno arrima las bestias, se le sube y se fue, se le sube en la bestia va subido uno y a esas horas cuando se sube se le ve las tetas se las hecha así pa tras, esas son unas tetotas, así larguísimas (...)"

"(...)Él decía que les mostraba en vez de aguardiente eran los senos y yo pues decía, los cogía y se los acariciaba, pero yo pensaba que era que estaba con su mamá pero no era mi mamá, sino "la Turumama" (...)

El elemento de los senos en "la Turumama", como elemento recurrente que alude al potencial creativo que la mujer con esta tipología posee aun en su estado más sombrío, y las características físicas de "la Turumama" en su transmutación, resultan ser muy interesantes si se tiene en cuenta que dichos caracteres le convierten, como se puede ver en la comparación entre la figura 3 y 4, en una representación muy parecida a la representación de la Gran Madre que se generaba muy comúnmente en los pueblos primitivos del paleolítico, quienes según Muñoz (1989), se caracterizaban por la reproducción de estatuillas femeninas que, "carecen por lo general de rostro, pero en cuyos cuerpos sobresalen los enormes senos que de pesados le caen; el abultado vientre y los glúteos prominentes" (. 81) y que, siguiendo con la autora, "partían del reconocimiento de las depositarias unilaterales de la fertilidad y la vida misma"(p. 81).

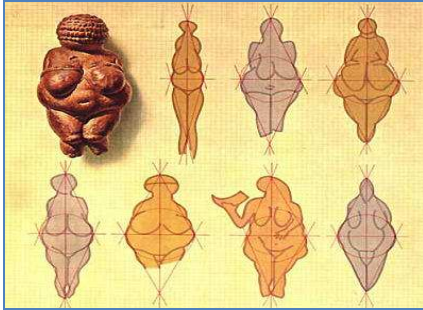


Figura 3. Venus del paleolítico de las que habla Muños (1989)
Fuente: <http://judit-sociales07.blogspot.com/>



Figura 4. "La Turumama", Tatalcha (2015).
Fuente: Ésta investigación.

En coherencia con lo anterior, la narrativa en su movimiento 5, representa ese potencial creativo de la tipología de la mujer con exaltación del Eros, que no se extingue con el retiro del anima, sino que con la obligada inmersión del anima en lo inconsciente, permite que la mujer empiece un verdadero proceso de renovación.

Como un símil de ésta característica, es posible reconocer en la narrativa, un ciclo de vida-muerte-vida que de alguna manera simboliza ese estado de inconsciencia primero que caracteriza a esta tipología y que con la llegada del problema, la peripateia o la crisis, permiten el resurgimiento de un anima, que si realizó la tarea arquetípica de forma debida, posee más que nunca unas posibilidades creativas y nutricias.

La narrativa documentado por Cordero plantea además que, el retorno a la vida de la representación del anima surge solo cuando el animus retorna al lado de ésta instancia psíquica, simbolizando que, el equilibrio de la psique de esta tipología, no está ni en la exaltación del eros, ni en la negación del anima; sino que se debe, al equilibrio entre estas dos instancias psíquicas y a la valoración del animus como potencializador de la capacidad creativa del anima. Esto teniendo en cuenta que, según Bolen (2012), respecto al animus,

éste es más que la fuerza del anima de las mujeres y se constituye como una fuerza que, “ayuda a las mujeres a afirmarse en el mundo exterior” (p. 251), permitiéndole al anima, “exponer sus pensamientos y sentimientos interiores específicamente femeninos de una manera concreta —emocional, sexual, económica y creativa y también de otras maneras— en lugar de hacerlo según un esquema calcado de un desarrollo masculino estándar, culturalmente impuesto en una cultura determinada”(p. 251-252).

Ahora bien, ¿Qué pasa con las narrativas anecdóticas en las que lo femenino pareciera ser secundario?. En principio se había manifestado que el estado de inconsciencia que caracteriza al sujeto de las anécdotas, convierte al sujeto en presa de lo inconsciente que por excelencia es lo femenino, sin embargo según Jung (1970), como en el hombre el complejo materno no es puro como en la mujer, sus características no se resuelven según la carga representacional que se proyecte en el ánima, sino que ésta, determina más bien el tipo de relaciones que el sujeto emprende y que de alguna manera, satisfacen la imagen arquetípica de la madre.

Por lo tanto, la representación Arquetípica de La Gran Madre que se proyecta en la narrativa mítico simbólica “la Turumama”, evidencia el animus que la mujer con exaltación del Eros procura, y en congruencia, representa el tipo de individuo que satisface esta representación. Así, las anécdotas en las que el personaje al que le sucede los acontecimientos es un hombre, representa a un sujeto que, como lo menciona Jung (1970), posee un Eros pasivo, provocado por una exaltación del anima que le constituye como un sujeto, “cubierto por la sombra de lo materno”(p. 88).

Dicho esto, resulta lógico el estado de ebriedad que caracteriza a los usuales personajes puesto que representa simbólicamente al hombre cubierto por la sombra del matriarcado, quien, tal como lo menciona Jung (1970), se ve atraído por la proyección de su propia anima que descansa en una mujer que acepta la posibilidad de camuflarse en las necesidades del animus. Así, como bien se expresa en la narrativa, la capacidad de fascinar de este tipo de anima radica en su posibilidad creativa y nutricia (tipo su propia madre), que en la narrativa se simboliza con la atracción generada mediante los senos, grandes y rebosantes dispuestos a maternar: (a) “(...) les mostraba en vez de aguardiente eran los senos (...), yo pues decía, los cogía y se los acariciaba, pero yo pensaba que era que estaba con su mamá”; (b) “él pues al son de mirarla tan bonita ques que se iba y cuando él se despertaba ya era en el cementerio y dormido allá y pues ahí se levantaba y corra a la casa donde la mamá” y (c):

(...)se le aparecía una señorita bien bonita, bien elegante y él ques que le decía que venga y que venga y más que todo decía, me mostraba los senos y él pues al son de mirarla tan bonita ques que se iba (...), “la Turumama” les muestra los senos y ques que los invita a que le toquen, la acaricien y ellos se van y ellos decía mi papa - yo no me doy cuenta que voy caminando, yo pienso que voy a la casa- (...)”

Los rasgos maternantes sin embargo, no poseen otra finalidad que la de la fascinación que una vez lograda permite que el ánima se muestra hacia el animus en su aspecto sombrío; El animus entonces, se hace consciente de la relación incestuosa que se genera con este tipo de anima y busca un espacio para poder salir, de lo que Jung (1970),

denomina “un sombrío matriarcado en el que el hombre, como mero fecundador y siervo de la gleba, lleva una existencia insípida” (p. 88).

Las narrativas anecdóticas entonces, resultan ser una representación que complementa la simbolización del complejo, en la medida en que, permite reconocer la realidad arquetípica del animus con que se relaciona con un ánima con exaltación de Eros. En este orden de ideas, no es fortuito el hecho de que para evitar al anima en su posibilidad devoradora, el hombre deba retornar a su madre, su esposa, etc., como elementos que le permiten hacer consciencia de su complejo y edificarse como un animus limpio que permite que la reaparición de un anima contaminante vuelva a surgir, y que da cuenta de la posibilidad creativa del anima en la tipología de la exaltación del Eros. De aquí que, las narrativas anecdóticas presenten como solución a las apariciones las siguientes situaciones: (a) “Él decía que lo único que era hacer era no seguirle, no seguir cuando ella se asomaba santiguarse y seguir y si el traía el aguardiente, derramarlo para que ella no lo siga, (...), no bajar tan de noche tipo doce o la una de la mañana”, (b) “los papases tomaban aguardiente un poquito y les echaban desde la cabeza hasta abajo y cigarros que decían antes, eso también, fumaban y el humo les esparcían en todo el cuerpo, esa era lo mejor que tenían que hacer”.

Respecto a lo dicho, la última narrativa resulta muy simbólica en la medida en que evidencian cómo solo el acercamiento al complejo primordial (simbolizado en padre y madre), espanta y repele la contaminación de la que se fue víctima.

Según lo trabajado frente a la narrativa mitico simbólica “la Turumama”, es posible decir entonces que ésta resulta ser un espacio donde se proyecta la tipología femenina

denominada por Jung (1970) la exaltación del Eros, llevada a este punto por la posibilidad arquetípica de generar representaciones tutelares (de la Gran madre), donde se solucionen, y reconozcan las principales problemáticas, características, deseos y anhelos humanos. Así, y como producto de la constelación arquetípica, todas sus, resultan ser espacios donde se simbolizan las posibilidades consteladas por este arquetipo.

La exaltación del Eros proyectada entonces en la narrativa mítico simbólica “la Turumama”, evidencia los rasgos psíquicos propios a esta configuración que si bien posee una posibilidad negativa posee también un altísimo potencial creativo. Dicho saber, parece haber sido identificado por la cosmovisión de los pueblos andinos, donde según Pease (en Muñoz, 1989), el arcoíris como insignia del imperio del Tahuantinsuyo –por eso su bandera de los siete colores- , tubo una valoración de buena señal, que además al ser producto de la unión entre agua y sol, representaba –como se muestra en la figura 5- la fertilidad.

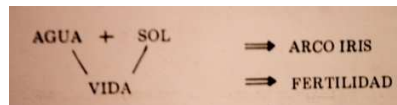


Figura 5. El arcoíris como símbolo de fertilidad.

Fuente: Muñoz (1989)

Sin embargo, de la misma manera como el Eros también tiene una posibilidad disruptiva, en el imaginario Andino, según Muñoz (1989), el arcoíris también fue visto posteriormente como el espacio donde el animus -el cueche-, invade y contamina al alma. Así, se caracteriza por ser mal augurio y por ser la señal que prevé la llegada de malos tiempos, representando la sombra arquetípica de la exaltación del Eros que se constela en la

representación. De aquí que en la cultura popular y según Castellvi (en Muñoz, 1989), sobre el cueche se manifieste:

El cueche es como cabez'e vaca. Lo topan las chiquillas maltonas en las ciénagas. Una que lo vido yendo a traer agua, le jue a contar al taita, que se alegró de ver la buena suerte de la chiquilla, y le dijo: agradece que ha estao dormío, y no andés boquiabierta por esos güecos, porque si llega a star despierto se vuelve gallo. Y ya sabis que esos que salen de allí son hijos del patas (p. 87).

La narrativa mítico simbólica entonces, y siguiendo con lo plateado por Vélez (1999), reafirma la idea de que, la naturaleza:

“(...) en el ciclo completo de su nacimiento, transformación, muerte y renacimiento, nos envía de manera constante a su presencia asombrosa, a su misterio, a la total espera de una entrega que no se mediatiza únicamente por la palabra o el logos, sino, y fundamentalmente, por el sombro ante aquello que, manifestado como exterior, nos reenvía una y otra vez a lo interior” (p. 197).

Lo verdaderamente fantástico de la sincronía entre lo colectivo y lo personal, no es entonces la fuerza arquetípica como tal, sino más bien la posibilidad humana de aprehenderla y aprovecharla para su crecimiento, constituyéndola en una situación que si bien entreteje los devenires de la vida, en vez de aprisionarle a un destino como tal, le

permite reasegurar la independencia que hace que Harendt, en el campo de la filosofía, conciba al ser humano como un verdadero milagro.

El estudio de los significados profundos de la cultura y cada una de sus manifestaciones, es entonces una oportunidad para repensar el contexto Latinoamericano, a la luz de aquellos elementos propios que históricamente han sido desvirtuados. En coherencias las reflexiones frente a ellos, reparan los imaginarios y poseen la posibilidad de reintegrar sus raíces a un sujeto al que además de arrancarle sus bienes materiales, se le fueron negados sus propios discursos y con ello la posibilidad de representarse a sí mismo en la complejidad que solo el “yo” puede reconocer.

Referencias

- Arroyo, I. (2009). *La anorexia en la mujer como producto de un sistema patriarcal imperante: un análisis desde la teoría profunda de Jung*. Quito: Universidad de las Américas.
- Bejarano, J. (2007). *Curso: Memoria Colectiva, Rituales, Mitos y Fiestas Modulo*. Bogotá- Colombia: UNAD.
- Chevalier, J. (1986). *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: EDITORIAL HERDER.
- Gomes, M. Hewitt, E. (2013). *El motivo de la mujer vampiro a través de la Gran Madre de E. Neumann*. Uned. Revista signa 22.
- Granda, P. (2007). *Leyendas de Nariño*. Barranquilla-Colombia: Editorial Travesías.
- Jacobi, J. (1983). *Complejo, arquetipo y símbolo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jung, C. (1970). *Arquetipos e inconsciente colectivo. El hombre y sus Símbolos*. Barcelona- España: Paidós.
- Muñoz, L. (1989). *La Universidad y el Desarrollo Humano: El cuechue y la Turumama en dos tiempos*. Revista del Convenio Andrés Bello. (No. 37), p.p. 81-93.
- Ocampo, Javier. (1991). *Mitos Colombianos*. Bogotá, Colombia: El ancora Editores.

Ocampo, J. (2006). *Mitos Leyendas y Relatos Colombianos*. Bogotá, Colombia: Plaza y Janes Editores Colombia S.A.

Ocampo, J. (2006). *Folclor, costumbres y tradiciones Colombianas*. Colombia: Plaza & Janes Editores Colombia S.A

Palacios, S. (2013). *Interpretación Hermenéutica de los cuentos: Ikú, el pájaro de oro y Zarévich Iván, el pájaro de fuego y el lobo*. Medellín- Colombia: escritos Vol. 21.

Sassenfeld, A. *El desarrollo humano en la psicología jungiana- Teoría e implicancias clínicas*-.Chile: Universidad de Chile.

Sampieri, H. R. (2006). *Metodología de la Investigación*. México: Mc Graw-Hill Interamericana.

Sandoval, C. (2002). *Investigación Cualitativa*. Distribución electrónica: ARFO editores e impresores Ltda.

Abela, J. (2002). *Técnicas de análisis de Contenido: una revisión actualizada*. Recuperado de <http://public.centrodestudiosandaluces.es/pdfs/S200103.pdf>.

Almazán, A. (2013). La Gran Madre como arquetipo en Erich Neumann. Bajado de <http://jungmundoimaginal.blogspot.com/2013/05/la-gran-madre-como-arquetipo-en-erich.html>

Mora, M. (2002). *La teoría de las representaciones sociales de Serge Moscovici*. Bajado de <http://www.raco.cat/index.php/Athenea/article/viewFile/34106/33945>

Pérez, G. (1994). *Investigación cualitativa, retos e interrogantes*. Recuperado de https://psicologiaysociologia.files.wordpress.com/2013/03/gloria-perez-serrano_-cap-1-2.pdf

Pinkola, Cl. (2001). *Mujeres que corren con los lobos*. Recuperado de <http://www.infogenero.net/documentos/mujeresquecorrenconlos%20lobos.pdf>.